

# BRUNO



**Autora: Paloma A. González Loché**

**Diseño de Portada: Joaquín Rosado Martel**

**Derechos cedidos a Cruz Roja Española para el programa:  
Alfabetización para Inmigrantes, año 2009**

# BRUNO

-Cuento Infantil-

Bruno es flaco, flaco, pequeño y nervioso. Bruno es un niño gitano de grandes ojos oscuros.

Vivía con su familia en una humilde casita de pocas cosas. Su familia era numerosa. Él era el pequeño de sus hermanos y hermanas y con ellos y sus progenitores también vivían su abuela y dos de sus abuelos.

En su casa apenas se ganaba lo suficiente para alimentar a tres de las nueve personas que allí, todo lo compartían.

Alguna vez, algún agente de policía bondadoso hacía la «vista gorda» permitiendo que su familia pudiera vender mercancías en las calles. Esa noche se convertía en una fiesta en la que todas las personas que residían en su casa podrían dormir sin esperar a que cesaran los gruñidos de sus estómagos vacíos.

Cuando el estómago se quejaba, Bruno no podía dormir. Sigilosamente salía de su exigua morada y desde el exterior podía ver a lo lejos las luces de los edificios profusamente iluminados de la ciudad. Pensaba en otros niños y niñas.

Una vez, hace ya algunos años, Bruno acompañó a sus hermanos y hermanas mayores a limpiar cristales de coche. Habían ganado algún dinero y entraron en un bar cercano.

Una pequeña niña, de mirada dulce, mostrando su muñeca a Bruno se aproximó para jugar con él. Rápidamente, su madre la tomó en brazos refunfuñando y pronto vino el dueño del bar para decirnos que no quería volver a vernos en su establecimiento.

Ésa fue la primera vez que se fueron imprimiendo chispas de tristeza en la mirada de Bruno. Con los años se grabaron muchas más.

—Yo quería jugar con esa niña —gimió Bruno.

—Juega con los «tuyos» —le amonestó su hermano mayor—. Los «*payos*»<sup>1</sup> no juegan con gitanos.

«¿*Payos*? ¿Gitanos? ¡Qué extraño mundo el de los adultos!» Bruno nada entendía. Sólo veía como los otros niños y niñas dejaban, sin apenas probarlos, succulentos platos de comida y dulces que él hubiese vaciado sin pensar. «¿Tendrán estómago...?». Pensó esto muchas veces desde entonces cuando, como ahora, debía hacer callar al suyo que gritaba produciéndole dolor.

Bruno comenzó a tiritar. Todavía no había comenzado el verano y aún las noches eran frescas.

Hacía frío. Y de pronto, sobre su hombro, se posó una preciosa mariposa *paya*.

—¡Espérame, voy contigo! Me llamo Bruno —gritó él corriendo tras ella. Juntos formaron un dúo danzarín persiguiéndose mutuamente.

—Tengo hambre —le dijo; y la mariposa condujo a Bruno a un gigantesco árbol *payo*.

—Te presento a Bruno —dijo al árbol, con todo respeto, mi amiga mariposa—. ¿Puedes hacer algo para dar sosiego a su estómago?

Y el árbol le pidió que moviera uno de sus brazos para dejar caer sobre su mano una gran manzana.

—Gracias señor Árbol —contestó el niño.

La buena mariposa corría demasiado y el árbol era excesivamente rígido para él. Entonces Bruno sintió sed. Miró al cielo y una buena estrella *paya* le llevó al camino donde estaba el río.

Calmó la sed y vio su rostro reflejándose en el agua. La Luna, la *paya* luna, le había bañado de luz blanca y su piel ya no era oscura.

---

<sup>1</sup> Denominación gitana que hace referencia a las personas no gitanas.

Bruno sintió miedo; y una buena luciérnaga *paya* le guió hasta su casa.

Amanecía muy lentamente y comenzaba a aparecer la claridad. Bruno buscó a sus buenos y recién estrenados amigos payos: Mariposa, Árbol, Estrella, Luciérnaga, Río y Luna. Confundido, pensó que todo aquello había sido un sueño.

Triste, bajó la cabeza. Sentado en un saliente rocoso, bajó la cabeza y entonces ¡le habló el Sol! Y lo hizo así:

—*Lachós chivechés*<sup>2</sup>, Bruno

—*Lachós chivechés*, Sol. ¿Cómo es que sabes mi lengua?

—Es que yo también soy gitano, como tú.

—¿Por qué es malo ser gitano? ¿Por qué nadie nos quiere? —preguntó Bruno.

El Sol tomó uno de sus rayos y acariciándose filosóficamente la barbilla respondió.

—¡Quién se atreve a decir que somos malos? No lo creas. En absoluto —contestó el sol absolutamente indignado—. Imagina lo que sería del mundo si yo no existiera.

—Entonces, ¿por qué no nos quieren? ¿Acaso las malas son las personas payas?

—No, tampoco son malas —respondió el Sol—. No nos quieren porque no nos conocen y por eso tampoco nos comprenden. Es cierto que nosotros, por nuestra parte, tampoco ayudamos mucho.

—Pero yo quiero ayudar, Sol, yo quiero ayudar a que nos quieran.

Dicho esto, con un lacónico «ya veo», el Sol quedó pensativo y Bruno, triste, se despidió de él.

---

<sup>2</sup> Nota de la autora: *Buenos días* en “caló”. Lengua propia de la población gitana.

Acurrucado junto a su casa dormitaba un niño rubio al que Bruno se acercó preguntándole quien era.

—Me llamo Pablo y me he escapado de mi casa... —y se desmayó. Como pudo, Bruno arrastró a Pablo y cuando éste despertó se encontró en un camastro donde dormía Bruno. Su madre le había preparado un tazón de sopa de poco condimento pero al menos caliente.

Pablo era huérfano de madre y su padre viajaba mucho. Vivía al cuidado de tres personas en una casa muy grande, muy grande. Se encontraba siempre solo y no tenía con quien compartir sus juegos. Nadie se detenía mucho tiempo para escuchar sus historias. Nadie le había llenado la cara de caricias como actualmente estaba haciendo la madre de Bruno. Él no quería irse. El padre de Bruno estaba preocupado.

—¿Qué podemos hacer con este niño? No puede quedarse aquí — pensaba; y así pasaron dos días. En este tiempo Bruno acompañó a su nuevo amigo payo en todo momento hasta que comenzó a sentirse mejor.

Una vez, Bruno le dijo a Pablo que detestaba ir a la escuela porque sus compañeros y compañeras hacían burla de él y tampoco querían compartir sus juegos ni con él ni sus hermanos y hermanas porque decían que eran sucios y vestían mal.

—Eso no es verdad —protestó Pablo que había tomado cariño a Bruno y recordaba como su madre iba y venía una y otra vez a una fuente próxima para recoger agua calentando ollas y ollas para limpiar su humilde casita. Recordaba además, el mimo y cariño con el que le había atendido mientras estuvo enfermo.

Al caer la noche de ese segundo día, el padre trajo noticias de Pablo. Había acudido al Consejo de Ancianos<sup>3</sup> y, se corrió la voz entre todos los gitanos de que había un niño payo en la casa de uno de ellos y que era necesario avisar a sus padres.

---

<sup>3</sup> Grupo de personas que, dentro de la comunidad gitana, aconsejan respecto a lo que debe hacerse ante ciertos problemas.

No es que no quisieran tener a Pablo con ellos. Al contrario. El problema era que pensaban que su familia estaría angustiada y querían, por lo menos, que supiesen que el niño estaba bien.

Pronto se supo donde vivía Pablo. Como era de esperar, el padre del niño vino a recogerlo y entonces Pablo le explicó que no quería volver a su casa, que se sentía solo. El padre comprendió entonces que en esa humilde casita su hijo había recibido cariño y atenciones, y dijo:

—¿Querrían venir a vivir con nosotros?

Pasó el tiempo. Pablo, Bruno y sus hermanos y hermanas, fueron juntos al mismo colegio. Compartieron muchas, muchas cosas.

Un día el Sol preguntó a Bruno:

—¿Crees que ahora nos quieren más?

—Creo que nos queremos —contestó Bruno—. ¿Sabes? Me parece que ellos son menos payos y nosotros menos gitanos.

—No es eso, muchachito —dijo el Sol—. Sucede que en la medida que aumenta vuestro cariño mutuo, las diferencias se van haciendo cada vez más pequeñas y aumentan todas las cosas que nos unen.

Y así Bruno, respaldado por el gitano Sol, ayudó a que se quisiera a los gitanos. Y yo sé que pronto, mucho más pronto de lo que pueda parecer, todas las personas aprenderemos a convivir y compartiremos en paz este mundo. El único mundo que conocemos.

También me lo dijo a mí el Sol. Y lo creí.

**Por: Paloma A. González Loché**  
Escritora